

EL HOGAR DE LOS DEAN

MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL



Diego de Los Santos

 SAWARCANDA

2ª
Edición

PARTE I
EL MUNDO GRIS

La canción del fuego

Cuando el sol de hoja afilada, incandescente,
a la tierra gris degüella y con su sangre
tiñe el cielo de púrpura, es la hora
de encender las hogueras prestamente
antes de que la noche se desplome
sin estrellas sobre nuestras cabezas.

Con mil gritos y asechanzas
nos cercará la Oscura, de quién huir no podemos.
Más juntos, con el Fuego, somos luz que resiste
si el fulgor de la llama insobornable
no se apaga en tus ojos atentos.

Un día regresará la luna por el cielo
y los Perros, de nuevo centinelas,
velarán a los Dean, que niños fueron.

El que resiste vence. Y aunque creas
ver en torno todo desvanecerse,
si en tu pecho conservas esa llama,
no habrá sombra del cielo ni la tierra
que arrebate el fulgor a tu mirada.

Y al fin llegará el Día, el añorado, el distinto,
cargado de ligera... luminosa esperanza.

DIARIO DE A BORDO (UN DÍA CUALQUIERA DEL AÑO 2069)

A través de la escotilla el rostro de la Tierra parece el de una mujer hermosa, pero muerta, con un suave tinte azulado sobre la infinita negrura. Una mujer que me llamara desde la nada que la envuelve; a mí, como si yo también lo estuviera. Muerto.

Cada ocaso se arroja sobre esta Tierra nueva y extraña igual que un animal salvaje sobre su presa: inesperada y brutalmente. Desde aquí arriba, con las últimas luces, puedo ver el relieve de su piel desnuda -desnuda de árboles, de edificios, de signos-, ahora surcada por inmensas cicatrices, que desconocía. Un cuerpo envejecido que es el único hogar que tuve. El único hogar que tengo. A esta hora postrera la luz perfila los edificios en ruinas como descomunales estatuas sin objeto, en medio de los descampados. Y me perturba esa alargada melancolía que proyectan sus sombras. Pero cada puente caído, cada edificio quebrado y desgranado por dentro, cada carretera retorcida como un trozo de plástico quemado... cada vestigio es también como un bálsamo. Porque en ellos puedo reconocerme, recordar lo que alcanzamos a ser. Solíamos poner bebederos para los pájaros en el jardín, ¡qué estúpidos! El germen de la destrucción estaba tan dentro de nosotros que no alcanzamos siquiera a presentirlo.

Yo estaba muy lejos cuando todo ocurrió. Ahora que todo va desapareciendo, también de la memoria, quisiera retener las antiguas imágenes. De cuando aún creíamos que no teníamos nada que temer. Pero este gris lo va borrando todo, se cuela entre los intersticios de mi cerebro y va oscureciendo los débiles recuerdos. "Debes mirar las cosas como las veíamos antes, porque en eso consiste volver a vivir", repito como una letanía, una oración acaso, con la que redimirme.

Mientras quede combustible continuaré orbitando alrededor de este cuerpo errante. Del que he conocido todos los recovecos, todas las miserias y todas las grandezas. El único que he amado. Que aún amo. Este polvo gris pareciera un producto de mi imaginación, pero se cuela por los resquicios de esta máquina imperfecta, igual que su creador, haciéndola chirriar en el silencio. Sí, yo soy de esta raza, nosotros conquistamos cada rincón de este planeta y lo transformamos a nuestra imagen y semejanza. Ahora quisiera gritar, quisiera poder bajar para contarles todo lo que sé. La oscuridad del origen del mundo envuelve hoy la Tierra. Hubiera sido mejor que todo desapareciera para siempre, que las ridículas hogueras que tiemblan ahí abajo no hubieran surgido de nuestros despojos. Y, sin embargo, en esta calma, el temblor de las fogatas me evoca el de las estrellas lejanas sobre el abismo del firmamento, allá en Orión. Y añoro la dulce simplicidad de las cosas perdidas, aquellas a las que entonces no dábamos importancia. Envidio a esos desdichados de ahí abajo: aún tienen cosas prosaicas de las que preocuparse.

La esperanza es una lenta agonía hacia la destrucción inevitable. Esta raza, mi raza, surgió de esa esperanza fútil, como un destello en la noche de los tiempos. Como si el Creador la hubiera incardinado a sangre y fuego en cada célula de nuestros cuerpos desnudos. No, no puedo ignorar esa esperanza, no puedo dejar de aferrarme a su etérea presencia, ya casi sepultada por este polvo gris impertinente. Pues en ella se esconde lo que un día llegamos a ser. Quién sabe... Quizás mi Onda Sputnik avive algún rescoldo dormido, quizás algún día todo vuelva a ser como antes. Pero, en esta noche oscura que me envuelve, ¿quién puede saberlo?

Capítulo I

El Miedo

Primera ley de la selva:
ataca primero, luego dale a la lengua.

El libro de la selva
Rudyard Kipling

Rick caminaba semi agachado por los descampados. Más bien corría. El resplandor del crepúsculo confundía sus pasos con una luz fantasmal. Había escapado por muy poco, y ahora estaba solo; pero había dejado de dudar. Porque algo atroz aún temblaba al fondo de sus pupilas dilatadas, algo que -él lo sabía- ya nunca conseguiría borrar.

Cuando López giró su cabeza en silencio, buscando a Rick con la mirada, tenía una expresión de sorpresa en sus ojos, bañados en lágrimas. Le habían atravesado el vientre con un tubo biselado, y Rick pudo ver sus intestinos salir al exterior, acompañados por

un sonido extraño, como un enorme eructo, que certificaba lo que su mente aún se negaba a comprender.

Los ojos de López perdieron toda expresión cuando el tubo profundizó aún más, seguramente alcanzando su médula. Entonces Rick supo que su compañero estaba muerto. Aquel sonido extraño retumbó en las paredes del canal, en ese instante todos estaban en silencio.

Fue a la hora en que el sol inicia su rápido declinar de todos los días. Si no andabas listo, la Oscura podía cogerte por ahí, desprevenido, en medio de los descampados. Por eso los chicos iniciaban siempre, justo a esa hora, su veloz regreso a los refugios nocturnos. Pero aquella tarde el ocaso fugaz del firmamento quedó eclipsado durante un rato; un rato que les pareció eterno.

Rick aprovechó su única oportunidad, la milésima de segundo en que los Morlock se relajaron, como acompañando al cuerpo de López, arrebatado de golpe por la ley de la gravedad. Dio un cabezazo con todas sus fuerzas sobre la nariz del chico que lo sujetaba y ésta crujió como una nuez. Aquel muchacho, más o menos de su edad, retrocedió con un gemido, llevándose ambas manos al rostro ensangrentado. Como un relámpago, Rick le arrebató del cinto la hoja de chapa afilada, y la hundió en el costado del otro chico que lo custodiaba, un adolescente de pelo rubio y desaliñado. Lo hizo mirándolo fijamente a los ojos, sin un titubeo. Aquella mirada tuvo el efecto de paralizar al chico rubio unas décimas de segundo, lo justo para hundirle en el cuerpo aquella hoja de chapa endiabladamente afilada. Era la primera vez que Rick mataba a un humano. El chico se encogió bruscamente, los ojos muy abiertos, exhalando el aire de sus pulmones por última vez. Luego Rick cortó la cuerda que lo sujetaba y, sin pensarlo, se arrojó por el terraplén del canal y corrió, corrió con todas sus fuerzas, sabiendo si tropezaba y caía estaba muerto. Pero no cayó.

Apenas pudo oír el revuelo que se formó a sus espaldas y siguió corriendo sin parar hasta que todo se convirtió de nuevo en el Silencio. El eco de sus pisadas lo delataba en medio de la soledad vacía de las ruinas. Hubiera querido volverse invisible, desaparecer, convertirse él también en un puñado de polvo gris que no atraería la atención de nada ni de nadie. Al cabo de no supo cuánto tiempo fue capaz de mirar por primera vez hacia atrás. Nadie a la vista. Estaba solo, en una zona de edificios altos medio derruidos que le resultaba vagamente familiar. Aún llevaba la espada de chapa afilada en la mano. Miró el resplandor del sol, blanco y opaco, que se escondía a su derecha. Y ya supo que debía seguir hacia delante, hacia el sur. Camino de Hogar.

A esa hora, la frágil luz del sol se descomponía rápidamente en el cielo y empezaban a desdibujarse los contornos de todas las cosas. Después parecía concentrarse un instante en la lejanía, en aquellos ribetes rojos y morados del horizonte, para dar paso abruptamente a la oscuridad. Quizás la Oscura fuera lo único capaz de salvar a Rick entonces, en los inmensos espacios vacíos de las ruinas y los descampados. Por una vez la noche era su aliada, y él había dejado de temerla. Pero sus fuerzas se desvanecían poco a poco, igual que la luz. Lejos de Hogar.

Rick alternaba un paso rápido y mecánico, como impulsado por un resorte, con breves tramos en los que corría de nuevo. Después se paraba, las manos en los costados y la boca abierta, para reemprender la marcha tan pronto como el oxígeno, mezclado con polvo gris, restablecía sus músculos agotados. La luna era un resplandor fantasmal cuando comprendió que estaba solo. Hasta entonces no había estado solo nunca en su vida, que él recordara. Agotado, se tumbó a la sombra que unos ralos arbustos oponían al raquítico resplandor del espacio. Entonces rebobinó.

Estaban al borde del canal, junto a los colectores derruidos. El inmenso cauce de hormigón cubierto de maleza se perdía rectilíneo en el horizonte. A él y a López los sujetaban entre varios Morlock: imposible escapar. Al principio podía verlo todo a cámara lenta, como en un sueño. Anticipaba cada uno de los movimientos, como si conociera toda la secuencia de antemano. Pero cuando el tubo atravesó a López, cuando su mirada se volvió opaca..., solo entonces algo muy oscuro, en lo más profundo de su ser, se puso en marcha. Cuando golpeó al guardián en la nariz, cuando hundió la hoja de metal en el cuerpo del chico rubio, cuando se arrojó por el terraplén y corrió... Rick se limitaba a ejecutar unas órdenes sencillas y precisas. No había lugar para la duda o el error. No había expresión alguna en su rostro que pudiera delatarlo porque no había pensamiento alguno. Por eso los cogió desprevenidos. Todas sus fuerzas habían actuado al unísono, obedeciendo unas órdenes claras y tajantes que algo, desde fuera de su cuerpo, le dictaba. Sus músculos se movieron de manera automática, con una precisión sorprendente. Recordó que también estuvo tentado de ponerse a gimotear, de rogar compasión..., hasta que vio la mirada vacía de López, hasta que vio cómo la vida se desvanecía y abandonaba aquel cuerpo, doblegado bruscamente por la ley de la gravedad. Lo vio en la expresión opaca de unos ojos que le parecieron los de los gatos que ellos despellejaban entre las ruinas para alimentarse. En aquel preciso instante, los perros acudieron a él; los grandes Perros Grises que habían vivido con los Dean en los tiempos oscuros. Ellos no dudaban. Ellos no se hubieran dejado matar de aquel modo. Ni siquiera se hubieran dejado atrapar por los Morlock. Los perros fueron la única verdad que Rick comprendió entonces. Y se comportó, él también, como un animal perfecto. Sí, fueron los perros los que lo salvaron, aunque no estuvieran allí.

Anocheceía de prisa y Rick, bajo los arbustos, era incapaz de mover un solo músculo. Fue cuando lo inundó el miedo. Un miedo helado que le hizo temblar todo el cuerpo, de punta a punta, atenazándolo. El corazón se le desbocaba otra vez y, aunque había recuperado el aliento, sintió que se asfixiaba. Notó la relajación de sus esfínteres, temió incluso que su olor acre pudiera delatarlo en medio de la noche vacía. Vomitó varias veces sobre la tierra seca. Sí, había estado a muy poco de morir. Ahora que el verdadero Miedo lo había abandonado, su cuerpo se derrumbó. La incertidumbre lo asaltaba desde cada sombra, desde cada roce del viento inagotable sobre las ramas raídas, sobre las cornisas a medio caer. Se sintió frágil... apretó la empuñadura de la espada de chapa con todas sus fuerzas, acarició su hoja afilada. Cerró los ojos fuertemente y vio a Loba mirándolo con sus profundos ojos grises desde algún lugar muy dentro de sí mismo. Y supo que todo había ocurrido como tenía que ocurrir. Que, de algún modo, todo estuvo ya decidido desde que él, López y Conejo se encontraron con Loba y sus cachorros.